

# INCENDIO EN LA NIEVE

Marisol Sales Giménez



«Confianza, orden, lealtad y tolerancia».

Cada vez que escuchaba nuestro lema se me erizaba el vello. Sus iniciales formaban el nombre de mi país y su significado quedaba sellado en la mente de todos los coltianos.

Podía decir que estaba orgullosa y tranquila de vivir a esta parte del mundo que se construyó tras la guerra de Temperaturas.

Colt quedaba al norte del muro, el norte del antiguo Liechtenstein. Los humanos hacía 1282 años que se habían extinguido.

En 2036, contra todo pronóstico, un meteorito se estrelló contra la Tierra, más concretamente, en la costa este de Nueva Zelanda. La onda expansiva de la colisión arrasó todo rastro de vida y convirtió en polvo y cenizas todo lo que estaba a su paso. Todo, menos Liechtenstein.

Aproximadamente quinientos años después, apareció una nueva raza físicamente idéntica a la humana con características nuevas aclimatadas y preparadas para su entorno, que, tras la explosión de las centrales nucleares, era tóxico. También los animales y las plantas resurgieron, aunque nunca llegaron a adaptarse al medio, por lo que solo sobrevivieron algunas plantas.

Unos cuatrocientos años más tarde, nuestros antepasados descubrieron libros e inventos humanos que aceleraron el proceso de nuestra tecnología. Rápidamente su nivel de vida mejoró y pudieron continuar investigando e inventando.

Ahora llegaba la parte que a mí más interesante me parecía: la guerra de las Temperaturas.

Hasta ese momento, los primeros habitantes del antiguo Liechtenstein habían conservado la misma temperatura entre ellos, pero empezaron las diferencias.

Al principio, no se le dio importancia al hecho de que a algunos se les empezara a elevar la temperatura corporal a tal punto que provocaba quemaduras con solo tocar a otras personas que no habían experimentado ese cambio.

No fue un problema grave hasta que, con solo el tiento, el primer caliente de la historia logró matar a otro individuo. Al caliente lo sometieron a juicio, pero durante el proceso mató a tres agentes. Murieron carbonizados. Finalmente, se dieron cuenta de que solo los que tuvieran tonos de cabello, ojos y piel parecidos a los de él podían tocarlo. Lo ejecutaron acusándolo de cuatro asesinatos.

Tras él surgieron dos calientes más, que también fueron ejecutados, antes de que apareciera un frío. Todo eso en un proceso de tan solo medio año. Como una epidemia, empezaron a surgir calientes y fríos. Solo se lograban distinguir por su físico.

Los calientes eran castaños, pelirrojos o rubios con los ojos negros, marrones u oscuros. Mientras que los fríos tenían el pelo gris, blanco o negro y sus ojos eran azules, verdes o lila.

La situación era totalmente insostenible, ya que incluso en las mismas familias había miembros calientes y fríos.

En poco tiempo los calientes demostraron ser mucho más salvajes y sanguinarios, por lo que muchos fríos murieron inocentemente hasta que no llegó el siguiente escalón: la muerte mutua.

La muerte mutua consistía en el conocimiento de que si un frío y un caliente se tocaban, ambos morían, uno carbonizado y el otro congelado. Aun así, muchos siguieron tocándose unos

a otros y no tardó en llegar la guerra de las Temperaturas y los primeros ejércitos. La población de veinticinco mil habitantes quedó reducida a diez mil.

Finalmente, los jefes de las tropas frías y calientes se reunieron para llegar a un acuerdo de partición territorial firmando un tratado de paz e independencia total en el que quedaba prohibido que habitantes de un bando pasaran a otro.

–Shailene.

Levanté la vista de mis libros de historia.

–Deberías estar ya en casa –me reprochó la bibliotecaria–. Tu toque de queda ha pasado hace diez minutos.

Miré el reloj y eran las nueve y diez pasadas de la noche. Salí corriendo de allí pasando mi muñeca por el escáner para registrar mi salida de la biblioteca.

Afortunadamente, mi casa no estaba lejos de allí.

Corrí por las calles simétricas de Colt (blancas, impolutas, tranquilas, con edificios de siete pisos) hasta llegar a mi casa.

Pasé la muñeca por el escáner y la puerta se abrió. Tomé el elevador hasta la séptima planta y allí de nuevo escaneé la muñeca para que se abriera mi casa.

–Llegas tarde –fue lo primero que escuché nada más entrar.

–Sí, lo sé... Perdona por...

–Shailene, tienes dieciséis años, ¿en qué estabas pensando?

–Lo siento, papá. Estaba estudiando la historia de Colt y...

–¿Otra vez estudiando la división de Colt y Feuers Land? –rió mi madre metiéndose en la conversación.

–Sí –susurré.

–Bueno, lo importante aquí es que no se vuelva a repetir; tú...

–Ewan –le interrumpió mi madre–, no la martirices. Solo han sido diez minutos.

–Sí, pero, por ley, los menores de dieciocho años deben estar en su casa a las nueve menos un minuto.

–Estoy segura de que no se volverá a repetir, ¿verdad que no, Shai?

–Verdad –dije cabizbaja.

Mi padre gruñó antes de volver a su lectura. Con su andar elegante, mi madre se acercó a mí y me dio un beso.

–Rugell ha llamado antes preguntando por ti –me informó.

–Deberías hablar más con él. Al fin y al cabo, es tu prometido –se inmiscuyó mi padre.

–Mañana le llamaré –musité.

Mi madre sonrió y fue de nuevo a la cocina.

Mis padres eran polos opuestos. De no haber sido por el acuerdo de matrimonio del Gobierno que los unió desde que nacieron, estaba segura de que mi madre no habría elegido a mi padre. Pero aquí el matrimonio no era sinónimo de amor, como supuestamente creían los humanos.

Mi madre, Meghan Heigh, instructora de las Pruebas Definitivas, elegante, discreta, admirable, inteligente y tolerante. De grandes ojos azules y cabello negro, era la mujer más preciosa que conocía. A pesar de haber heredado sus rasgos, ni en sueños podría igualar su belleza.

Mi padre, Ewan Heigh, inventor, doctor y científico, era el hombre más aburrido que existía. Amante del orden y de la política coltiana. Admirado en todo el país por sus innumerables avances tecnológicos.

–Shai, ¿dónde has dejado tu bolso?

Todavía permanecía en la puerta de mi casa cuando me di cuenta de que había dejado absolutamente todas mis pertenencias en la biblioteca.

–No puede ser –susurré para mis adentros. Escuché resoplar a mi padre–. Lo tengo en la biblioteca.

–Vamos a buscarlo –me dijo decidida mi madre.

–Meghan, ¿estás loca? Es muy tarde.

–Si voy con ella no es ilegal.

–Meghan...

–Quedan escasas semanas para la Prueba Definitiva. ¿Quieres ver a tu única hija repudiada al grupo marginado?

Se quedaron mirando.

–No tardéis, por favor.

Sin decir nada más, ambas fuimos hacia la biblioteca. Mi madre me agarró de la mano por si nos cruzábamos con algún guardia.

Colt de noche era igual de segura que de día, pero era altamente estricta con los horarios al igual que con sus innumerables e implacables leyes. Como debía ser.

–Por favor, que no se vuelva a repetir. Hoy estás muy despistada.

–Estoy muy nerviosa por la prueba. Todos dicen que es muy complicada y en escasos siete días tienes que demostrar tu inteligencia. Toda la vida estudiando y al final solo cuenta la...

–Shai, no te preocupes. Es normal que estés nerviosa.

–Como instructora de la Prueba Definitiva, ¿me ves preparada?

Me apreté la mano.

–Te veo muy capacitada para lograr lo que te propongas.

Le sonreí.

–Ahora sube rápido. Te espero aquí.

Corriendo, subí las escaleras del interior del edificio hasta llegar a la planta superior, donde estaba la biblioteca.

Estaba cerrada.

Pasé mi muñeca por el escáner y en la pantalla salió «ERROR». Solo podía abrirla la bibliotecaria. Empecé a resoplar. Tenía que entrar. Era importante.

En ese momento se me ocurrió entrar por la ventana que había sobre la puerta. Apoyé un pie en la manivela y con sumo esfuerzo conseguí llegar a la ventana y deslizarme por ella.

Iluminada por la luna, conseguí distinguir mi bolso con los libros de texto. Respiré aliviada. En el momento en que me colgué el bolso una alarma empezó a sonar. Pero no era por mí. Era la alerta de invasión feuer en Colt.

Empecé a hiperventilar.

No había nada a lo que le tuviera más miedo que a un feuer. Les daba igual morir si así conseguían matar a un coltiano.

Se me atascó el aire en la garganta y la presión en el estómago. El edificio de la biblioteca en la avenida principal estaba muy cerca del muro.

No sabía qué hacer. Si salía, me matarían; y si me quedaba allí, seguro que también.

No me dio tiempo a decidir por mí misma.

Escuché risas ahogadas al otro lado de la puerta. No lograba descifrar lo que decían. Estaba totalmente paralizada, ni siquiera era capaz de tragar saliva.

En ese instante aporrearon la puerta hasta que consiguieron tirarla abajo.

Y yo seguía allí.

Jamás había visto un feuer hasta ese momento.

Tres feuers entraron y los tres se quedaron mirándome; al principio, igual de perplejos que yo. Sentí náuseas y cómo se me nublaba la vista en cuestión de segundos, todavía inmóvil.

–Una chica helada –musitó uno.

Los tres empezaron a reírse. Sin pensarlo, empecé a retroceder mientras notaba cómo los ojos se me llenaban de lágrimas presa del pánico.

–Venga, ¿tienes miedo? –se burló otro.

Iban vestidos totalmente de negro con pasamontañas. Solo logré distinguir que eran dos chicos y una chica.

–Miradla, es solo una niña –se mofó ella.

Lentamente se acercaban a mí. Por cada paso que daban ellos, yo daba otro hacia atrás hasta que llegué a la ventana. En cuanto vieron que estaba arrinconada, se acercaron a paso más rápido y firme.

Sin dudarlo, salté por la ventana cayendo en un contenedor de basura que amortiguó mi caída. Prefería una muerte así que a manos de un feuer. Salí de la basura y corrí en dirección contraria a la avenida, donde se escuchaban gritos, botellas rompiéndose y se veían las llamas de las hogueras.

Cargándose mi esperanza, los feuers me siguieron por las más recónditas calles de Colt, que ni siquiera yo conocía. Hasta que me metí en un callejón sin salida.

Sentía la muerte tocándome el hombro.

–Vaya, vaya. Una coltiana que no conoce ni su propia ciudad –rio uno de ellos.

Me giré y empecé a llorar en silencio.



Empezaron a reírse entre ellos, disfrutando de verme sufrir. Se acercaban lentamente y con demasiado preámbulo, para que masticara cada último segundo de mi vida. En ese momento sentí que la crueldad estaba personificada en ellos y la impotencia se apoderó de mis piernas. Retrocedí hasta que no pude más, viendo cómo mis lágrimas caían hasta el suelo sin rozarme siquiera las mejillas. Ellos seguían burlándose.

–¡Ya basta! –se escuchó una nueva voz detrás de ellos.

–Fox –se sorprendieron.

–Pero ¿qué hacéis? –dijo el nuevo chico, enfadado.

–Nos la hemos encontrado y...

–¿Y tenéis que asustarla? Sabéis que cuando pasamos el muro tenemos una hora escasa. ¿Qué hacéis perdiendo el tiempo?

–Fox, lo sentimos. Solo queríamos reírnos un poco.

–Fuera –ordenó.

–Pero, Fox...

–¡Fuera! –volvió a rugir lleno de ira.

Los tres se fueron y nos quedamos mirando.

–¿Vas a matarme? –susurré asustada.

–Aprecio demasiado mi vida. Tú no puedes decir lo mismo.

De ser así, estarías en casa.

–Lo mismo digo.

En ese momento se acercó un poco más y pude distinguir lo alto que era y cómo su espalda era dos veces la mía. También vestido de negro, un pañuelo le tapaba la nariz y la boca con la mitad de una calavera pintada en él. Tenía el pelo naranja y los ojos color miel.

Era la primera vez que veía algo así.

Por sus ojos, vi que debajo de la boca de la calavera se estaba riendo.

–¿Qué? –pregunté.  
–¿Así le hablas a tu salvador? –se burló.  
–Tenía la situación totalmente controlada.  
–Llorabas sin consuelo.  
Me quedé mirándolo muy seria y él también se puso serio.  
–Vete a casa –me ordenó.  
–Yo estoy en mi ciudad. El que debe irse eres tú.  
–Niña, esta noche va a ser muy dura y no te conviene quedarte en la calle.

–¡No me llames niña!  
–¿Cuántos años tienes? ¿Quince? ¿Trece?  
–Casi diecisiete –respondí enfadada.

Volvió a mirarme muy serio.  
–Demuestra esa inteligencia de la que tanto presumís los helados y vete.

Durante un momento le temí, así que, lentamente, me fui del callejón e intenté transitar por las calles más alejadas de las avenidas principales.

De pronto escuché pasos detrás de mí. Me giré y vi a Fox. Seguí andando llena de dudas. Me giré una y otra vez y allí estaba, a una distancia de diez pasos. Al final me paré.

–No necesito que me escoltes hasta mi casa.  
–¿Por qué querría escoltar yo a una helada?  
–Entonces, ¿por qué me sigues?  
–¿Qué te hace pensar que te sigo?  
–¡Vienes detrás de mí!  
–Iremos en la misma dirección.  
–¿Tú también vienes a mi casa? –me mofé.  
–Oh, así que los helados también tenéis un punto divertido.  
–Ni loca te invitaría a mi casa –seguí andando.  
–Y yo ni loco aceptaría tu invitación.

–Que sepas que...

Mi reproche se vio interrumpido por la segunda alarma de la noche: el aviso de la llegada de los guardianes de Colt. Sin pensarlo dos veces, Fox se fue corriendo en dirección al muro. Yo corrí en dirección a la avenida principal.

Cuando llegué, exhausta, en la avenida había decenas de coches de la policía. Algunos de ellos apagaban las hogueras e intentaban disimular el daño causado por los calientes. Me acerqué a un coche casi sin poder respirar. Nada más verme, tres policías se acercaron a mí.

Sabía que me hablaban, pero su voz no llegaba a mí, así que uno de ellos me pasó el detector por la muñeca y en la pantalla les aparecieron todos mis datos personales. Se miraron entre ellos, sorprendidos, y me subieron al coche.